

des ciudades fortificadas, como Brescia y Bérgamo, y derrotó en Cassano, el veintiséis de Abril á Scherer, y el veintisiete á Moreau, á quien se había confiado el mando. Las columnas francesas, reducidas á treinta mil hombres, pasaron el Tesino y se refugiaron en el Piamonte. A medida que los aliados avanzaban, se sublevaban las poblaciones contra las autoridades republicanas y los demócratas, que huían escapados ó perecían víctimas del furor popular. Suwarow mantuvo en sus tropas la más severa disciplina, y se captó el afecto del pueblo restaurando los altares y protegiendo á los sacerdotes. En Milán visitó con gran pompa la catedral y se arrodilló al pie de las gradas del altar, como el último de los fieles. La muchedumbre corría á ver á su libertador, y le saludaba con gritos de alegría. «¡Gran Dios! exclamaba Suwarow; tanto incienso me sofoca; prosigamos nuestra obra.» Invadió el Piamonte, á cuyos habitantes invitó, en una proclama, á unirse á sus libertadores, que se proponían restablecer en el trono á su rey; los realistas se armaron; Tortona y Turín abrieron sus puertas á los restauradores del orden, y Moreau se retiró á Génova con sus tropas mermadas y desorganizadas, sin poder intentar nada mientras no le llegasen los refuerzos de Nápoles.

La irritación que tamaños desastres causaron en Francia fué agravada por el atentado de Rastadt. Este Congreso se deshizo poco á poco. El doce de Abril, el Austria retiró á su representante, Metternich, y desde entonces lo consideró como disuelto, á pesar de seguir unidos los plenipotenciarios franceses y los individuos de la Diputación. Enterado Thugut de los trabajos que practicaban los primeros para revolucionar los Estados del Imperio, decidió hacerlos detener, cuando regresasen, y apoderarse de su correspondencia. El veinticinco de Abril, el archiduque Carlos mandó al coronel Barbaczy ocupar á Rastadt y obligar á los franceses á partir en el plazo de veinticuatro horas, acompañando á este despacho una carta, en la que se leía: «En lo tocante á la correspondencia de los ministros franceses, esforzarse en apoderarse de los paquetes y enviármelos, tal como se hizo ayer». En la oscura y lluviosa noche del veintiocho, salieron de Rastadt, con sus familias, los ministros republicanos en ocho coches, caminando por entre el canal del Murg y un bosque; como á unos doscientos pasos de las últimas casas, les paró un destacamento de húsares, cuyos oficiales les preguntaron, en medio de juramentos y maldiciones: «¿Eres tú el ministro Debry?, ¿eres tú Bonnier?, ¿eres tú Roberjeot?»; y no bien oyeron su respuesta afirmativa, les asesinaron delante de sus familias desoladas. Bonnier y Roberjeot murieron en el acto; Debry, fingiéndose muerto, logró ocultarse en el bosque y volver á Rastadt. La noticia del atentado causó profunda emoción en Alemania. Carlos mandó prender á los húsares y nombró una comisión investigadora, presidida por el general Spork. «Suceso fatal, escribió el cinco de Mayo Thugut á Colloredo, que proporciona á todos los malintencionados pretexto para acusarnos odiosamente», y añadía que la investigación debía practicarse «públicamente, por modo auténtico y en toda regla». Pero el proceso

duró dos años cabales, y ninguno de sus autores fué castigado. ¿Qué fué lo que dió motivo al atentado? Según Lehrbach, la carta del Archiduque á Barbaczy, «cuyos términos eran tales, dice, que aquel á quien iba dirigida podía ver en ellos la declaración de que todo francés que encontrase debía ser tratado como enemigo». En Francia, los Consejos prorumpieron en gritos de venganza y acordaron celebrar, en toda la nación y en los ejércitos, una fiesta fúnebre en honra de los muertos; pero á tal punto había llegado el descrédito del Directorio, que se le acusó de haber hecho fusilar á los embajadores por falsos húsares austriacos. Y volvamos á la guerra.

Había comunicado Suwarow á Viena, el primero de Mayo, su plan de marchar, una vez destruido Moreau en Italia, contra Massena en Suiza. La respuesta, que recibió á mediados de mes, le contrarió y lastimó: se le censuraba por la proclama que había dirigido á los piamonteses; se le mandaba que no diese un paso adelante sin tomar todas las plazas y fortalezas, y se calificaba de quimera la conquista de Suiza. El general, que á la rudeza del soldado juntaba rara irritabilidad y una astucia insondable, se aplicó desde ahora á indisponer á las dos cortes imperiales. Todo esto era, por supuesto, obra de Thugut, cuyas desatinadas instrucciones llevaban la perturbación á los ejércitos y destruían la marcha victoriosa de la coalición. Por fortuna, no todo salía á medida de sus deseos. José anduvo vacilante en aceptar la dirección del ejército del Rhin; Carlos anunció el veintiséis de Abril que, habiéndose repuesto de su dolencia, se encargaba otra vez del mando; el Emperador lo aprobó, y Thugut se quedó rechinando los dientes. Otro tanto le aconteció en lo de Suiza, que fué en estos momentos el principal teatro de la guerra. El Directorio, al retirarse Jourdan y Bernadotte, confió el mando de todas las tropas, desde Dusseldorf hasta el San Gotardo, á Massena, que reunió en Suiza el grueso de sus fuerzas, en número de más de setenta mil hombres. Bellegarde y Hotze avanzaron por el Rheintal, llevando por delante al intrépido Lecourbe, que de vez en cuando se paraba y se batía bizarramente, hasta que se unió con Massena, contra quien se dirigía al mismo tiempo el Archiduque con cuarenta mil hombres. En Zurich se dió, el cuatro de Junio, la gran batalla, que duró todo el día, sin que ninguna de las partes pudiera envanecerse con la victoria. Pero en la noche del cinco al seis, Massena, no teniendo confianza en su posición, evacuó el campamento llevando sus tropas unas leguas al Oeste, lo que equivalía á declararse vencido. Los aliados se señorearon del tercio de Suiza, donde, de la misma suerte que en Italia, los habitantes corrían alborozados á su encuentro, ofreciéndoles tomar las armas para sostenerles.

En Italia, parecía tocar á su fin la dominación francesa. El cinco de Mayo salió Macdonald de Nápoles, en auxilio de Moreau, con unos diez y nueve mil hombres, que en Roma elevó á veintinueve mil. Partir los franceses y propagarse á todo el reino la guerra civil, que había estallado ya en algunas provincias bajo la dirección del cardenal Ruffo,



fué todo uno. En siete semanas se llevó á cabo la restauración, que fué seguida de espantosas venganzas. Ruffo había otorgado capitulación á los patriotas defensores de Nápoles; Nelson la declaró nula en nombre del rey. Ruffo había nombrado un tribunal supremo para castigar los crímenes ordinarios, con exclusión de los políticos; se le sustituyó por una junta nacional, verdadero tribunal de sangre, que condenó á muerte á noventa y nueve acusados; mandó á presidio, temporal ó perpetuo, á quinientos cuarenta y cuatro; deportó á doscientos veintiocho, y desterró á sesenta y siete. Hubo también ejecuciones sin proceso. El gran marino inglés, apasionado de una mujer depravada, lady Hamilton, favorita de la reina, echó sobre su nombre indeleble baldón haciendo colgar de los palos de sus navíos á víctimas inocentes.

El veintinueve de Mayo se unió Macdonald á Moreau. Las fuerzas de entrambos componían la respetable cifra de cincuenta y tres mil hombres, con los cuales podían dar un golpe contundente y quizás decisivo. Casi doble era, en verdad, el número de soldados de los aliados, pero hallábanse dispersos, conforme á las últimas órdenes de Viena, en multitud de pequeños destacamentos, desde el lago Garda hasta los Apeninos. Moreau formó su plan de ataque. Macdonald se movería el nueve de Junio, dirigiéndose en derechura, salvados los Apeninos, á Bolonia, Módena y Regio, de donde retrocedería de pronto al Oeste, avanzando con la mayor diligencia, por Placencia y Voghera, hasta Tortona, en donde se encontraría con Moreau, para emprender juntos un movimiento arrollador y definitivo. Macdonald ejecutó puntualmente su cometido. Habiendo pasado los Apeninos el nueve, sus soldados, divididos en cuatro columnas, se extendieron el diez por la vasta llanura del Pó, difundiendo el terror á lo lejos. El conde Hohenzollern, que se había adelantado hasta Módena, fué batido el doce, y salvó la mitad de su gente gracias á Klenau, que corrió á su socorro. El combate fué tan empeñado que, á última hora, el propio Macdonald recibió dos sablazos. Los franceses avanzaron ya sin obstáculo; entraron en Parma, y el quince sólo distaban unas leguas de Placencia. Estas noticias cayeron como una bomba en el cuartel general ruso. Suwarow, que se había equivocado acerca de las operaciones del enemigo, mandó correos á todas las divisiones del ejército, con la orden de ponerse al punto en marcha hacia el Este. Sin esperar órdenes, el general Ott regresó á Placencia, no bien supo la derrota de Hohenzollern, y se situó el quince detrás del pequeño torrente Nura, para detener el primer empuje del enemigo. El catorce, Suwarow recomendó á sus divisiones, en la orden del día, atacar con ímpetu; emplear, sobre todo, el arma blanca, y no pararse hasta haberlo derribado todo; mas sin dejar de repetir en el ataque: «¡Perdón! ¡entregad las armas! ¡rendirse!» Esperó todo el día diez y seis, con febril impaciencia, que se acabase de construir un puente sobre el Bormida; anduvo toda la noche, dió al amanecer tres horas de descanso á sus tropas, siguió marchando todo el día, entrando, al anochecer del diez y seis, en Casteggio, á cuatro leguas de Placencia. En este

mismo día, Ott sostuvo encarnizado combate con Macdonald, después del cual se retiró á San-Giovanni, y envió por la noche un correo á Casteggio pidiendo socorro á Suwarow. Este, al amanecer del diez y siete, emprende una marcha acelerada, haciendo trotar á granaderos y cazadores, á pesar de un ardiente sol de verano; poco á poco los batallones se desbandan, el que puede correr corre, el que no se queda atrás, oyéndose sin cesar el grito: «¡Adelante! ¡adelante!», de Suwarow, gineete sobre un caballo de cosaco, en mangas de camisa y con el látigo knut en la mano. Cada vez más impaciente, deja la infantería al general Rosenberg y se lanza con cuatro regimientos de cosacos y uno de dragones austriacos al campo de batalla, á donde llegó á las tres de la tarde, en el momento supremo. La mitad de los cosacos arremete contra los polacos, la otra mitad contra el flanco derecho de los franceses, los dragones contra la caballería, y los polacos ceden y huyen, y el combate cede en todos los puntos. Unas tras otras fueron llegando en breve, aunque en desorden, todas las divisiones de Rosenberg, hallándose Suwarow, poco después de las cuatro, con quince mil hombres en el lugar del combate. En vano se le hizo presente que concediese á las tropas fatigadas unos instantes de descanso; en vano, que la mayor parte de las compañías apenas contaban cuarenta hombres válidos. «Las de Macdonald no tienen más que veinte, respondió el infatigable jefe; ¡ataca! con la ayuda de Dios! ¡adelante!». Las tropas, respondiendo á su deseo, embistieron animosas á la bayoneta, y derrotadas fueron primero el ala izquierda, luego el ala derecha de los franceses, que retrocedieron hasta más allá del Tidona, dejando en el campo mil muertos y mil doscientos prisioneros en poder del enemigo. Macdonald, detenido por la herida, no podía, á ejemplo de Suwarow, reanimar á los suyos con su intervención personal. Durante la noche, los franceses se retiraron al Trebia, para esperar la llegada de dos divisiones y renovar el ataque el diez y nueve; pero Suwarow hizo tender de noche un puente sobre el Pó, para asegurarse la retirada en caso de desgracia, y el diez y ocho á las diez de la mañana, y no antes por la fatiga de las tropas, avanzó hacia el Trebia, delgado hilo de agua á la sazón, vadeable por todas partes. Los franceses tomaron posiciones delante del río y sostuvieron el combate con tesón durante varias horas, merced á la oportuna llegada de las dos divisiones esperadas, hasta que, próximo á ponerse el sol, la impetuosidad de Suwarow les obligó á retirarse á la otra margen del río. Todavía no había vencedores ni vencidos. Macdonald tenía aún cuatro mil hombres más que su adversario. Suwarow, resuelto á concluir antes de que llegasen las columnas de Moreau, dió de noche á sus divisiones la orden de empujar siempre adelante. El combate del diez y nueve fué vivo, porfiado y sangriento. Por la tarde, los dos ejércitos acamparon como la vispera, frente á frente, en las opuestas márgenes del río, las vanguardias en el mismo lecho, á veinte pasos las unas de las otras. Las tropas rusas no las tenían todas consigo; pero su general nunca miraba atrás. «Pues bien, dijo, mañana daremos una cuarta lección á Macdonald», y ordenó que,



al día siguiente á las cinco de la mañana, todo el mundo estuviere dispuesto al combate. Pero esta orden no hubo necesidad de cumplirla. Durante la noche, Macdonald se retiró precipitadamente, retrocediendo por el mismo camino que había seguido al venir. De sus treinta y cuatro mil hombres, dejaba cinco mil muertos en el campo de batalla y doce mil, entre heridos y prisioneros, en manos del enemigo. Con los que le quedaban, abatidos y desorganizados regresó á la Ribera de Génova, á donde también se había vuelto Moreau al recibir la noticia de estos desastres.

Las esperanzas que Francia fundara en la llegada de Macdonald se las había llevado el viento. Obra era este gran resultado del terrible Suwarow, que si por su cultura no estaba al nivel de los generales de primer orden, poseía en grado supremo el fuego y el valor con los que todo se allana y vence. Acababa de alcanzar, en el antiguo campo de batalla de Anibal, una victoria de consecuencias mucho más importantes que la obtenida por el general cartaginés. La ciudadela de Turin, considerada como una de las más fuertes de Europa, capituló el veinte, y á cualquier punto de Italia que se volviese la mirada, veíanse triunfos y trofeos, victorias cumplidas ó importantes éxitos de la coalición. El reino de Nápoles había sido restaurado; la insurrección popular se propagaba á todas partes en los Estados de la Iglesia; Toscana y Lucques estaban en poder de las fuerzas aliadas, y en la alta Italia sólo conservaban los franceses á Coni y Mantua, con las ciudadelas de Alejandria y de Tostona, que de un día á otro iban á rendirse. No tenía Suwarow sino alargar la mano para expulsar de la Ribera de Génova los quebrantados restos del ejército francés, ya que no para destruirlos ó hacerlos prisioneros.

Lo impidió el antagonismo de aspiraciones é intereses, escollo en que suelen estrellarse todas las coaliciones. El punto flaco de la presente estaba en la divergencia entre los aliados respecto al fin último de la guerra, que, para el Czar, era desinteresado, el restablecimiento de los tronos derribados; para Thugut, egoista, el engrandecimiento territorial del Austria. Esta divergencia, unida á los rozamientos entre Suwarow y el Consejo Aulico, hizo que Pablo se fuese distanciando del Austria y mostrándose cada día más deferente con Inglaterra. La armonía entre estas dos potencias y su desvío respecto de la tercera, llegaron al extremo de convenir las primeras en llevar á cabo un desembarco en la costa holandesa, por su exclusiva cuenta, sin dar de ello noticia siquiera á Thugut. Otro motivo de divergencia era que Inglaterra ponía por cima de todo la conquista de Suiza; Austria, la de Italia. Esta divergencia ocasionó inmenso daño á la coalición. Grenville propuso al Czar enviar á Suiza todas las fuerzas rusas de Italia, que formarían, con las divisiones de Korssakow y Condé, un ejército puramente ruso, de unos sesenta mil hombres, bastante, bajo la enérgica dirección de Suwarow, para echar de aquel país á los franceses. Pablo aceptó con entusiasmo el nuevo plan, que le ofrecía en perspectiva la posibilidad de larga serie de victorias alcanzadas por la sola fuerza de sus ejércitos, y emancipaba á Suwa-

row de las veleidades y tiranteces de la corte de Viena. Se temía que Thugut no lo aceptase. ¿Cómo no, si resultaba el más favorecido? Recobraba la libre disposición del ejército del Archiduque, con el que podría pesar sobre Babiera y sobre Prusia; alejaba á los rusos de Italia, que era su más ferviente deseo, y se libraba de la obstinación de Suwarow y del temor de que Pablo se inmiscuyese en su política de anexión. El treinta y uno de Junio envió su respuesta oficial, con un plan de campaña, según el que Suwarow pasaría á Suiza á seguida de la caída de Mantua, y el Archiduque descendería por el Rhin, lo pasaría por cerca de Manhein, cercaría á Maguncia, extendería su ala derecha hasta la antigua frontera belga, y desde aquí, secundado por la expedición anglo-rusa contra Holanda, llamaría á los belgas á tomar las armas bajo la bandera de su legítimo soberano. Este plan fué aceptado. Vengarse de Prusia y señorearse de Italia, he aquí el único objetivo de Thugut. Lo demás le tenía sin cuidado. Sabía bien que las tropas rusas, sin el auxilio de las austriacas, así las mandase Suwarow, se pasarían el otoño sin echar á los franceses de Suiza. No advertía en su egoismo insensato, agravado con una soberbia satánica, que el fracaso de los rusos en Suiza redundaría en daño suyo y provecho de la República francesa, que precisamente en estos instantes hacía nuevos esfuerzos para aumentar sus ejércitos.

Acababa de pasar la República francesa por una nueva crisis, provocada por la animadversión que á todos inspiraba el Directorio, tanto ó más que por los desastres de los ejércitos, por los desaciertos, torpezas y debilidades en el gobierno interior. Todo se hallaba perturbado. Perturbado el orden público en el Mediodía y en el Oeste, por partidas realistas que detenían los correos, saqueaban las cajas públicas y asesinaban á los compradores de bienes nacionales; perturbada la administración, por la ignorancia de los funcionarios y el carácter electivo de los Consejos departamentales y comunales; perturbada la Hacienda, de la que no quedaban ni los harapos. Se vivía sin saber cómo, de milagro. Los tenedores de papel percibían sus intereses en bonos, que se aceptaban por su valor nominal en pago de los impuestos; las tropas, cuyo sueldo no se pagaba, vivían como en país conquistado, de requisas, mediante recibo, que también se admitían en pago de los tributos; á los abastecedores se les daba, en vez de dinero, ya mandatos sobre cortas en los bosques del Estado, ó sobre el producto de la venta de determinados dominios, ya lo que se llamaba delegaciones, esto es, bonos sobre la renta de ciertas Cajas; y todas estas clases de papel iban á parar á la Bolsa, para ser descontadas con una pérdida del cuarenta ó cincuenta por ciento, en descrédito del Estado, ó al fisco, en pago de la contribución, con mengua de los ingresos. A fines de Enero del noventa y nueve, atascado el Directorio, reprodujo el proyecto del impuesto sobre la sal, que el diputado Males presentó al Consejo de los Quinientos. Lo combatieron los jacobinos y una fracción de los moderados, llevando la voz de éstos Luciano Bonaparte; y, en efecto, el proyecto no llegó á ser ley, murió en el Consejo de los Ancianos. Agravaron esta situación